

El espacio económico

León Bendesky*

Los estudios de la sociedad han privilegiado la dimensión temporal de los procesos que analizan, relegando el contenido espacial de los mismos. Como señala Michel Foucault: "Será necesario hacer una crítica de esta descalificación del espacio que reina desde hace varias generaciones: ¿Ha comenzado con Bergson o antes? El espacio es lo que estaba muerto, fijado, no dialéctico, inmóvil. Por el contrario, el tiempo era rico, fecundo, vivo, dialéctico". De ahí propone Foucault que plantearse el conocimiento en términos geográficos, a partir de nociones tales como territorio, región, dominio, desplazamiento permite aproximarse a la manera en que el saber funciona como un poder. Yves Lacoste postula de manera más contundente que "la geografía sirve, de entrada, para hacer la guerra" y, por lo tanto, "la articulación de conocimientos referentes al espacio, a la geografía, es un saber estratégico, un poder". Así, Lacoste contraponen a la que denomina la geografía de los profesores, la geografía de los estados mayores. Los militares deciden sus estrategias y tácticas partiendo de los mapas, los políticos estructuran el espacio en provincias o distritos y organizan al Estado y los dirigentes de las grandes empresas y bancos, deciden la localización de las inversiones en los planos local, regional, nacional o internacional.

Es necesario, pues, poner de relieve el aspecto espacial de los procesos políticos y económicos, como una forma no sólo de conocimiento sino del ejercicio del poder. En este texto se abordan cuestiones asociadas con la geografía del proceso económico, es decir, la consideración de la dimensión espacial de la actividad productiva y para ello se tendrán en cuenta de manera especial las condiciones de la economía mexicana. Inicial-

* Socio-Director de ERI, S.C. Consultores Económicos y Profesor del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de las Américas, A.C.

mente conviene destacar algunos elementos que conforman la visión dominante de la economía, como disciplina del análisis social.

La dimensión espacial—geográfica—se escapó de las formulaciones convencionales de la teoría y de la política económicas. Pero el espacio no se ha escapado de las decisiones estratégicas de inversión y comercio de las empresas, especialmente aquellas que operan a escala internacional, ni de las acciones de los Estados que las apoyan. Hay ya en este sólo hecho una brecha analítica que cerrar, sobre todo en la así llamada era de la economía global.

A los modelos económicos les falta la consideración acerca de la espacialidad de la actividad productiva, como si la pregunta de dónde se produce fuese un asunto sin importancia, o bien, como si éste se resolviera de manera automática mediante la asignación eficiente de los recursos a partir del mecanismo del mercado, con esquemas de optimización sin determinación geográfica alguna. Así, la cuestión espacial se volvió un tema para tratamientos específicos—los estudios regionales—, o bien, un campo de atención de otras disciplinas más allá de la doctrina y la práctica económicas dominantes.

Durante un tiempo la cuestión regional fue atendida de manera específica por la política económica, incluyendo aspectos de la planificación y también la gestión de proyectos de inversión con un carácter territorial. Hoy, sin embargo, la dimensión regional está disminuida y se inserta en la misma lógica del mercado que rige de manera general los presupuestos de la asignación eficiente de los recursos. Pero es cada vez más claro que para que una política económica sea de naturaleza regional, debe ser formulada y aplicada explícitamente con esa intención. La efectividad de las políticas regionales ha de asociarse con criterios específicos en su diseño y su instrumentación.

Los espacios isotrópicos (aquellos en los que todos los lugares se consideraran iguales para efectos de la producción) que están en la base de la formulación de la teoría económica convencional no existen, y los modelos de optimización que de ella se derivan no incluyen la dimensión espacial cuando consideran las condiciones en que se desarrolla la actividad económica. No obstante, los costos económicos asociados con las divergencias territoriales son reales y establecen diferencias efectivas

en la utilización económica del espacio, con consecuencias sobre la dinámica productiva, las oportunidades de empleo para la población, el uso de los recursos y la generación y distribución de la riqueza. Esto cuestiona la existencia de una tendencia natural al equilibrio en la actividad económica de la cual se deriva una posibilidad intrínseca de equidad, en cambio, se invocan desigualdades que tienden a agravarse, no sólo en cuanto a su desenvolvimiento en el tiempo, sino también y de manera relevante en su manifestación en el espacio. Esta circunstancia tiene, asimismo, consecuencias adversas sobre la capacidad de comprensión integral de los fenómenos asociados con la producción, el comercio y las inversiones puesto que se descarta cualquier genealogía de los mercados y, también, se pierde de vista la esencia de los procesos desiguales de desarrollo entre localidades, regiones y naciones.

El espacio se concibe generalmente como el continente de los fenómenos y los procesos económicos, pero el espacio es tanto el lugar en el que ocurren dichos procesos, como una creación de los mismos. Hay, pues, una ontología del espacio económico que significa que éste se crea a partir de la existencia de las actividades productivas, lo que se aprecia en toda su amplitud en términos del funcionamiento de los mercados. Desde esta perspectiva solo tienen relevancia económica aquellos espacios, en los que se generan productos en condiciones de rentabilidad establecidas por las variadas formas de la competencia en el mercado. De tal manera, el asunto de la dimensión espacial de los procesos económicos no se reduce a considerar únicamente los aspectos de la localización de la actividad productiva y la geografía económica no es solamente una topografía de los mercados. Es igualmente una forma de creación de relaciones sociales que involucran de manera específica la reordenación espacial que surge de la actividad productiva.

Este planteamiento remite, entonces, a la necesidad de liberarse de la concepción mecánica del espacio económico. No hay un espacio y un tiempo absolutos para la producción capitalista, es decir, aquella dirigida a la obtención de ganancias y a la acumulación del capital, como puede desprenderse de las formulaciones clásicas postuladas desde Adam Smith en su estudio sobre las causas de la riqueza de las naciones, y asociadas con la visión newtoniana del universo. En la tradición de la

cosmología de Newton, la Economía Política Clásica incorporó de manera absoluta las dimensiones del espacio y del tiempo en la formulación de los principios de operación del sistema productivo. Smith asoció la dimensión temporal con la división del trabajo y la especialización como motores del incremento de la productividad social. Y a este aumento de la capacidad productiva que se expresa en la mayor creación de mercancías, corresponde en su visión de la economía una dimensión espacial que está representada por el tamaño del mercado. De ahí la necesidad de ampliar permanentemente el espacio de la venta de las mercancías, es decir, para la realización de las ganancias, y de ahí también, la obligación del Estado de crear las condiciones de expansión del mercado interno y de mantener abiertos los mercados externos. Como dice Braudel, no hay capitalismo sin mercados, tampoco hay capitalismo sin Estado.

Liberarse de la mecánica en la concepción del mercado significa un tránsito de esa concepción espacio-temporal de la economía y puede ponerse en términos de Einstein en su formulación sobre los principios de la relatividad: si los mercados no existen, o bien desaparecen, por diversas condiciones del funcionamiento del sistema económico (las variaciones cíclicas de la producción, el retraso en la innovación tecnológica, la competencia externa, la irreversibilidad de los desajustes sectoriales, la retracción del financiamiento, las situaciones de crisis y hasta las consecuencias de los desastres naturales), desaparecen también el espacio y el tiempo asociados con ellos. Sin materia no hay espacio ni tiempo.

A partir de este sentido económico del espacio-tiempo, concebido como el ámbito de operación de los mercados, puede plantearse la cuestión de las formas de la integración de lugares, áreas, regiones o naciones al sistema productivo-financiero. Esto quiere decir que pueden analizarse las diferentes condiciones del funcionamiento de las relaciones sociales de poder y del mercado en diversas escalas desde la local hasta la global. Se pone así de relieve la noción de *escalas* en el análisis espacial o geográfico aplicable a los procesos económicos. La organización económica se vincula de manera estrecha con el cambio espacial y éste requiere del uso de escalas de análisis geográfico para su comprensión y para la efectiva actuación en los procesos que involucra.

El análisis espacial que debe realizarse a diversas escalas no significa que la atención se concentre en un mismo fenómeno que ocurre en distintas dimensiones. Las diferentes escalas exigen, en cambio, la adecuación de los conceptos utilizados para aprehender los fenómenos que se tratan. Así, por ejemplo, la formulación de políticas públicas y privadas de inversión con una referencia geográfica tiene que distinguir entre los procesos y mecanismos económicos que operan a escala internacional de aquellos otros que tienen una especificidad nacional e incluso intrarregional. Esto significa que no necesariamente se comprenderá el sentido y las características del modo de funcionamiento de la economía internacional en su fase actual, partiendo de las condiciones vigentes localmente tal y como podrá desprenderse de un enfoque que privilegie los aspectos de localización y no la manera en que se conforman y se modifican los espacios económicos.

En términos de la dimensión espacial, la dinámica del proceso de la internacionalización de los capitales hace posible que se generen fuerzas que provoquen diversos procesos de integración económica entre países, tal y como ocurre en los casos de la Unión Europea o de la zona de libre comercio de América del Norte, y que al mismo tiempo se genere una mayor desintegración interna a escala nacional. En las regiones internas se producen diferencias a partir de las fuerzas de la internacionalización y la regionalización entre países que modifican las determinaciones del espacio económico y exigen de nuevas formas de intervención y de toma de decisiones por parte de los empresarios, trabajadores, grupos sociales y del Estado. Esta es una restricción significativa del concepto de la globalización ya que, a pesar de lo que el mismo término sugiere, involucra situaciones y procesos que no son abarcadores sino que en realidad provocan un desplazamiento efectivo de ciertas áreas geográficas, afectan los procesos de recomposición del espacio y generan una redefinición de la dimensión regional. Hay, pues, fuerzas que ocasionan la integración a escala internacional pero no necesariamente la integración a escala de las regiones de una nación.

Desde una perspectiva global, las condiciones de la producción y del comercio parecen provocar la pérdida del referente nacional de los procesos económicos y, sin embargo, esas con-

diciones mantienen las estructuras nacionales creando otras dimensiones espaciales. No pueden, por tanto, mantenerse las referencias de los mercados y de las políticas económicas en términos geográficos sin una precisión analítica que señale de manera clara los tránsitos de una escala a otra. Las más recientes teorías del comercio internacional y muchos de los análisis de gestión empresarial y de estrategia estatal propuestos para la "era global" adolecen, precisamente, de esta falta de precisión en cuanto a las escalas geográficas, y vuelven, por lo tanto, a desestimar la dimensión espacial de la economía.

Estas cuestiones tienen una expresión práctica que conviene poner de relieve. De forma convencional se considera a la eficiencia económica como un asunto relacionado con la asignación de los recursos en el mercado. Una vez más, esta parece ser la atención que se favorece cuando se plantea la geografía económica como un problema esencialmente de localización. Así, la asignación sectorial o por actividades productivas diversas constituye el criterio de eficiencia a partir del cual se formulan las políticas económicas y pueden también construirse nuevos modelos teóricos de formación de mercados y de decisiones empresariales de inversión. Se suele también, siguiendo esos criterios, atribuir fallas a la asignación estatal de los recursos pero sin considerar de modo suficiente la fallas del propio mercado. Sin embargo, el mercado no es necesariamente un eficiente asignador de recursos en términos económicos, y lo es aún menos en términos espaciales. Habría que introducir de manera explícita la noción de una *eficiencia espacial o geográfica* de la actividad económica. Esta noción es hoy un complemento necesario de la consideración de la eficiencia del funcionamiento del mercado y en general del sistema económico, y se aplicaría de igual modo a las decisiones estatales de política económica.

El desarrollo de la noción de eficiencia espacial corresponde a la integración explícita que se requiere de la dimensión geográfica en el análisis de los procesos económicos. Esto es especialmente relevante en el marco de una economía abierta y en la que operan mecanismos de integración efectiva con otras regiones. Es el caso de México en su estrecha relación económica con Estados Unidos, y que provoca nuevas tensiones en términos espaciales a escala intrarregional.

La expresión espacial de las relaciones económicas externas no representa a diversos agentes individuales que se distinguen por su ubicación en distintos Estados. La configuración espacial de las actividades económicas tampoco se reduce a las cuestiones asociadas con la localización o a los efectos de de las economías externas. De las nuevas formas de la expansión de los capitales, se desprende que la estructuración del espacio no se vincula con la soberanía política y la definición física —representada en los mapas— del espacio económico que de ella se deriva. Surge, en cambio, una configuración de la estructura regional—internacional a partir de las modalidades actuales del proceso de acumulación que se convierte en un campo de atención para el análisis de la geografía económica.

Estas circunstancias modifican las nociones de la especialización y de la competitividad en términos de la localización internacional y de la conformación más amplia de una dimensión espacial de la economía. El asunto se remite, entonces, a las condiciones de la competencia y a su relación con las estructuras territoriales. Es posible, pues, integrar dichas estructuras con las formas de la internacionalización de las economías ya no sólo en términos de una escala nacional sino regional y hasta local.

La especialización considera el tipo y la dirección de los intercambios y se vincula con la aproximación regional de las actividades económicas, principalmente, aquellas de carácter dinámico. En este sentido abarcan la relación entre el desempeño de las empresas y las condiciones generales del funcionamiento de la economía, y entre los cuales no pueden plantearse falsas dicotomías. Esto significa que no puede esperarse un comportamiento eficiente a nivel microeconómico si las políticas macroeconómicas no se orientan explícitamente a la expansión productiva. Es necesario ampliar esta consideración a la expresión espacial del proceso económico.

Por su parte, el intercambio depende de la división técnica del trabajo entre las empresas y también dentro de las empresas. Esto ocurre, además, en condiciones en las que la localización no se restringe por los efectos de la distancia, ya que actualmente la segmentación de los procesos productivos se complementa con su reintegración en una configuración espacial que no requiere de la cercanía geográfica (jiñense, por

ejemplo, en el despliegue espacial en los casos de diversas actividades de la industria textil o de la industria automotriz). Las empresas responden a la segmentación de la producción y se ubican espacialmente en función de las economías de escala y de los costos de transporte, pero en condiciones que representan una territorialización del proceso de acumulación a partir de los procesos de aglomeración y jerarquización urbana y regional. La ordenación territorial que significan estos procesos derivan en formas de administración del espacio que se establecen entre las empresas y los Estados. Esta circunstancia se aprecia actualmente en el carácter esencialmente intraindustrial e intrafirma de las transacciones comerciales, a diferencia de la situación expresada tradicionalmente en la teoría del comercio internacional a partir de los intercambios interindustriales.

En cuanto a la competitividad, ésta aborda la cuestión de los volúmenes de los intercambios y trata por lo tanto de la capacidad de penetración y permanencia de las empresas en los mercados. Los requerimientos que la competencia impone sobre dicha capacidad significan que la dimensión espacial no es neutra, ya que la rentabilidad de las inversiones y la productividad dependen de parámetros geográficos, o sea, de la capacidad de oferta (que en una economía abierta abarca tanto al mercado nacional como de exportación) de diversas zonas de un país. En este sentido puede replantearse la cuestión de las economías de aglomeración y sus efectos en la productividad, especialmente en el sector industrial, por las condiciones que prevalecen en localidad o región en la que se ubica. La dimensión espacial se relaciona de esta manera con las condiciones que repercuten sobre la elevación de la productividad derivadas de las actividades de exportación o de sustitución de importaciones. Es así como una consideración explícitamente espacial del desenvolvimiento de la actividad económica, se convierte en un elemento necesario de la formulación de programas económicos generales o sectoriales que, actualmente, consideraran en cambio de forma casi única las condiciones de funcionamiento de los mercados.

No son únicamente las decisiones de los agentes económicos privados, incluso aquellas que se toman en el marco de los criterios de optimización establecidos en el mercado, las que

generan las condiciones del crecimiento de sectores y regiones específicos. La fijación de políticas estatales de carácter sectorial y específicamente regional y elaboradas con criterios de integración productiva y territorial son requisitos del fomento de un proceso de crecimiento, e incluso de aquel que pueda considerarse mas equitativo no sólo en términos económico-sociales sino también en un sentido político. Estas son cuestiones de la dinámica regional que habría que poner de nueva cuenta sobre la mesa para atender a las repercusiones espaciales diversas de las formas actuales del crecimiento económico en México, y de los efectos del proceso de internacionalización sobre el territorio, la población, los recursos y las actividades de producción.

La eficiencia económica considerada en términos espaciales tiene muy diferentes expresiones. En una primera instancia la cuestión remite de manera directa a las formas de organización del espacio económico. Estas difieren en el marco de una economía cerrada o abierta, representan condiciones distintas en cuanto a la vinculación operativa en términos de las decisiones de inversión entre el mercado interno y el mercado externo y provocan una dinámica de diverso carácter cuando la economía se encuentra en un proceso activo de integración. Este último aspecto no puede plantearse de manera abstracta, en el caso de México se refiere explícitamente a una vinculación más estrecha y reglamentada con la economía más grande del mundo y genera, por lo tanto, contradicciones muy específicas para el propio proceso de desarrollo.

En términos geográficos, los factores antes señalados son los que provocan la reordenación del espacio que, de modo paradigmático, puede significar una mayor desintegración interna al tiempo que avanzan formalmente los mecanismos globales de la integración con los mercados externos. Es ahí donde vuelven a aparecer las nociones relativas a las relaciones de poder asociadas con la consideración explícita del espacio como una dimensión de la evolución de los procesos sociales, en este caso de manera concreta vinculada con la actividad productiva.

Otra de las expresiones asociadas con la eficiencia espacial corresponde a los costos de oportunidad que provoca la atención tardía de los factores que constituyen el desarrollo regional. Esta circunstancia se hace cada vez más evidente como una de

las características del desenvolvimiento económico del país. En el ámbito de las políticas económicas, la cuestión se asocia con las fuerzas que generan la concentración de las actividades más rentables en determinadas regiones y las medidas requeridas para distribuir de manera más equitativa la actividad económica en la dimensión geográfica. La equidad no es en este sentido un concepto únicamente normativo, sino que tiene una expresión práctica en las condiciones de rentabilidad y competitividad de las empresas y derivadas de la eficiente localización geográfica de la actividad económica, es un aspecto de la gestión y modo de funcionamiento de los mercados y que exige del análisis de sus estructuras, de sus participantes y del ámbito de las relaciones de poder que se establecen.

Esto significa la necesidad de poner en evidencia aquellas fuerzas que provocan el desplazamiento espacial, para contraponer las acciones que las contengan y revertirán la concentración. Estas no son cuestiones nuevas para el análisis económico y para la formulación de las políticas públicas, fueron ya planteadas desde hace décadas sin haberse constituido en parte del cuerpo de la doctrina predominante. No obstante, hoy adquieren una nueva relevancia por las distorsiones espaciales que manifiestamente ha creado el proceso de desarrollo y el desenvolvimiento de la economía mundial. Además, debido a que una de las expresiones de la globalización es que ocurre conjuntamente con una gran intensidad de los fenómenos económicos y políticos de carácter local y regional. La geografía es estrategia para las empresas, los grupos sociales y el Estado.

La diferenciación a escala regional y local (como manifestaciones de la desarticulación productiva) que constituye en México una condición estructural, se agrava con las presiones surgidas del proceso de apertura y liberalización ocurrido durante la última década. La cuestión a debate corresponde a las formas de administrar en términos espaciales las transformaciones económicas impuestas sobre una estructura sectorial y geográfica que mantiene una consistencia rígida en su capacidad de respuesta. Esta rigidez se aprecia en términos de las formas de adaptación a procesos y políticas que no consideran la diversidad espacial existente. Así, la constitución del espacio económico no puede referirse exclusivamente a la conformación de los mercados con un criterio que privilegia formas de

ajuste en función de los movimientos provocados en la relación de precios entre factores y recursos productivos, tanto en el ámbito interno como con respecto al mercado externo.

Esa rigidez espacial se vincula con una cuestión que debe plantearse de manera exógena. Esta corresponde a la definición operativa de las regiones, ya que la práctica —administrativa, política y estadística— de considerarlas de manera equivalente a los espacios contenidos en los límites de las entidades federativas es muy restrictivo. Ella concierne, asimismo, a la forma en que se genera la información económica de carácter regional en México y que dificulta la definición de zonas económicas que permitan el análisis más preciso de los procesos productivos en curso, de los intercambios y las influencias existentes y, a partir de ello, haga posible el diseño y la instrumentación de las políticas sectoriales y aquellas de naturaleza general que soporten un desarrollo espacial menos diferenciado. Además, a las restricciones impuestas por la demarcación regional vigente se añade el arreglo político imperante en torno al funcionamiento efectivo del federalismo en el país, especialmente en cuanto a la generación, uso y distribución de los recursos y de los ingresos en términos territoriales. Esta circunstancia genera sus propias contradicciones en el desarrollo del país en su dimensión espacial.

La consideración explícita del espacio en el proceso de desenvolvimiento económico de México es una exigencia práctica para avanzar las actividades productivas que sustenten el crecimiento y permitan la difusión territorial de la creación de la riqueza. Pero es también una exigencia política en cuanto a definición de las estrategias para establecer las relaciones internas y externas que hagan posible la subsistencia de la nación en el marco de las fuerzas de atracción y desplazamiento que significan las formas de internacionalización que hoy se caracterizan como globales.

Bibliografía

- Foucault, M. *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, tercera edición, 1992, p. 117.
- Lacoste, Y. *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona, Anagrama, tercera edición, 1990, p. 7.
- Véase la formulación sobre el análisis geográfico que propone Sánchez, Joan-Eugeni, *Espacio, economía y sociedad*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1991.
- Este es el planteamiento que desde una perspectiva ortodoxa del pensamiento económico se encuentra en Krugman, P., *Geography and trade*, Cambridge, MIT Press, Mass., 1991.

El sistema mundial y la "reconfiguración" regional. Una propuesta de interpretación y análisis

Adrián Guillermo Aguilar*

Introducción

La década de los años ochenta presenció un renovado interés por la geografía regional que derivó de dos fuentes; por un lado, de los practicantes de esta disciplina que por varios años se habrían dedicado al análisis y descripción de lugares específicos; pero también de aquellos geógrafos y profesionales de otras disciplinas dedicados al análisis territorial, que concluyeron que los estudios regionales son un elemento imprescindible en la teorización social de la estructura territorial.

A tal grado se ha dado este resurgimiento de "lo regional", que se señala la necesidad de un enfoque regional alternativo, que se plantea como una "geografía regional reconstruida" (Pudup, 1988:379). Este renovado énfasis en los estudios regionales se asocia también a otros temas que han ganado relevancia dentro de la agenda de investigación de la geografía, este es el caso de los estudios de "lugar" (*place*) o "lo local" (*locality*). Varios son los argumentos que tratan de destacar la relevancia de la escala regional/local en el análisis territorial: primero, las regiones no son unidades de análisis únicamente para fines analíticos, sino que involucran toda una transformación, que deriva, de un cambio histórico-estructural en la economía espacial; segundo, el cambio regional se registra localmente como una división de trabajo en el proceso de producción nacional y/o mundial; y tercero, la transformación regional se manifiesta en una diversidad de prácticas sociales que interactúan en el espacio y en el tiempo, y que explican la reproducción local y nacional de las economías nacionales.

* Investigador del Instituto de Geografía, UNAM.